

Rebozo azul - Alba Antunez

El grito ahogado la despierta.

Él se incorpora y apoya la cabeza sobre las rodillas. Los brazos rodean las pantorrillas.

El cuerpo, joven y fuerte, no es más que un ovillo sudoroso de angustia.

Lo mira con ternura y le alcanza un vaso de agua.

- Otra vez la pesadilla.

- Si, envejezco y no me abandona

Ella esboza una sonrisa triste. Amanecen cuatro hijos y él no logra que sus noches sean calmas.

Ha oído el relato muchas veces: un tren, un niño envuelto en un rebozo azul. La mujer baja con el niño en brazos. Muchos niños y una angustia que astilla el pecho y escapa por la garganta.

Ya tomó la decisión. Hablará con su madrina. A lo largo de los años lo ha intentado con su madre. Él la adora. Ella es hielo y cicuta.

Desde un tiempo escondido, la madrina lo mira con asombro.

- No es posible que recuerdes eso!

Agacha la cabeza y se hunde en la memoria.

Éramos casi niñas. Un pueblo pequeño, la vida de campo. Los grandes ojos celestes de tu madre. La piel cetrina y caliente, del bracero portuñol.

Ella raíces de ceibo, enamorada de su río. Él alas de urutaú, cruzando montes sin fronteras.

Quedó embarazada. Él ya no estaba.

Tomamos lo imprescindible y huimos del pueblo. Sólo miedo y coraje.

Naciste en una tapera, de la que hicimos hogar. Tu madre te amamantó. A puro instinto fuimos creciendo los tres.

Cuando cumpliste seis meses llegamos a la ciudad. Tu madre bajó del tren, tú envuelto en rebozo azul.

La Madre Superiora recibió al niño en el Asilo. En el patio, voces infantiles jugaban rondas y escondidas.

La flor del ceibo engrosó sus labios sensuales. El niño ensanchó sus caderas y llenó sus pechos. La azada moldeó los brazos e irguió los hombros.

La mujer, devoró leguas y llegó a Brasil.

Regresó a su pueblo.

Junto a su marido.

La cabeza erguida y un niño en los brazos.

Silencio – Alicia Cristaldo

En un rincón del jardín, donde las flores se desmayaban de sueño, un niño pequeño se sentó solo en un banco de madera.

Sus ojos, como dos charcos de agua reflejaban el cielo vacío.

Su mirada se perdía en el horizonte, donde las nubes se deshilachaban como algodón.

Una hoja jugaba entre sus dedos, dando giros y giros como una pequeña bailarina, hasta que cayó al suelo.

El niño la recogió y comenzó de nuevo, perdido en su mundo de silencio.

De repente un pájaro se posó en su hombro, cantando una melodía suave y triste.

Inmóvil, escuchó lo que era un bálsamo para su corazón. Una lágrima rodó por su mejilla.

Miró al cielo y esbozó una sonrisa.

La soledad y el silencio siguieron allí, pero ya no tan pesada.